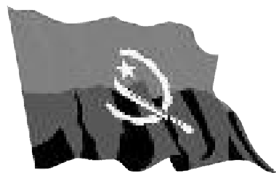




UNA FE PERSEVERANTE

Abril, 25 *Victorina Enoc*

Hace varios años mientras me quedaba con mi hija menor, quien se encontraba hospitalizada, pasaba el tiempo leyendo algunos libros que mi esposo me había comprado. Uno en particular cautivó mi atención y cambió el curso de mi vida, llevándome por un camino nuevo y difícil. El libro mencionaba que el apostol Pablo adoraba en la sinagoga los sábados. Esa tarde le pregunté a mi esposo:

—¿No vivió Pablo después de Cristo? —Mi esposo asintió con la cabeza afirmativamente—. Este libro dice que Pablo adoraba en sábado. Si eso es lo correcto, ¿entonces por qué nosotros adoramos en domingo?

—Porque Jesús resucitó ese día —me contestó. Pero su respuesta no me dejó satisfecha, y ese pensamiento quedó fijo en mi mente.

Tres años después conocí a una mujer que dijo que era adventista. Yo sabía que los adventistas adoraban los sábados, y quería ver cómo lo hacían. Entonces le pedí permiso a mi esposo para visitar la iglesia adventista, y él me lo permitió. Me gustó mucho el servicio y regresé cada semana por el lapso de un mes. Entonces mi esposo me dijo: "Es hora de que dejes de ir a la iglesia los sábados".

Pero yo no quería dejar de asistir; había encontrado algo hermoso.

A menudo discutíamos sobre la religión, ya que él era un dirigente en su iglesia. Pero yo no estaba dispuesta a ceder. Cuando le pedí que me dejara bautizarme, se dio cuenta que mi relación con esta iglesia iba en serio. Se enojó muchísimo y me dijo que la gente hablaba de cómo no lo obedecía. Entonces se negó a permitir que fuera bautizada. Pero yo sabía que debía obedecer a Dios antes que a los hombres, por lo tanto me bauticé.

Cuando salí de las aguas bautismales, mi esposo entró a la iglesia. Estaba furioso. Sacó un cuchillo y se lo clavó a un diácono. Entonces gritó:

—¡Ella se bautizó contra mi voluntad! Pueden quedarse con ella ahora; es de ustedes.

Me quedé temblando junto a una diaconisa.

Con el tiempo mi esposo me invitó a regresar a casa y prometió no hacerme daño. Cuando llegué a casa dijo:

—Quédate con el bautismo adventista, pero acompáñame a la iglesia los domingos.

—Te obedeceré en otras cosas —le dije humildemente—, pero he aprendido mucho acerca de la ley de Dios. Limpiaba y ordenaba la casa el viernes, pero él la desordenaba para que los niños no pudieran asistir a la iglesia conmigo.

Cierto sábado mi esposo fue a la iglesia y preguntó por mí. No salí hasta que terminó el servicio. Entonces sacó un

palo y me golpeó. Cuando alguien intervino, comenzó a golpear al pastor.

No tuve otra alternativa así que huí a otra provincia, donde me quedé con mi hermano. Mi esposo me rogó que regresara a la casa y cuidara de él y de los niños. Pero cuando lo hice, comenzaron a llegar visitas de la iglesia de mi esposo. Me instaban a obedecerle y volver a su iglesia. Les dije:

—Si obedezco a mi esposo, desobedeceríante a Dios. ¿Cómo podría traicionar a Dios y adorar en domingo?

Algunas de esas personas me dijeron que si rehusaba obedecer a mi esposo, ellos le buscarían otra esposa. Esto me dejó pasmada, y me di cuenta que era muy posible que tuviera que escoger entre mi familia y la voluntad de Dios.

Mi esposo se distanció de mí, se negaba a comer lo que cocinaba y no me permitió dormir en nuestra recámara. Obedecí en todo lo que podía, pero no podía dejar de adorar en sábado. Cuando un viernes de tarde regresé a casa después de la iglesia para encontrar que me había cerrado la puerta con llave; me había dejado en la calle. Me metí por la ventana del cuarto de mis hijos y dormí en el piso. Cuando se dio cuenta que estaba allí me golpeó y corrió de la casa, diciendo:

—Ya encontré otra mujer. Te me vas ahora mismo.

El sábado por la mañana fui a la iglesia. Me quedé allí todo el día. Después de la puesta de sol volví a casa y dormí en el cuarto de los niños. El domingo temprano junté mis cosas y me fui a la casa de mi cuñado. Le conté que mi esposo me había golpeado demasiadas veces y me echó fuera. Me iba definitivamente.

Me quedé con mi hijo, quien para entonces vivía solo. Con el tiempo mis hijos también vinieron a vivir conmigo, porque ya no soportaban estar en la casa de su padre. Por fin ahora estaba en paz. Tres de mis hijos me han seguido a la Iglesia Adventista. Espero que con el tiempo los otros también se conviertan en adventistas, pero sé que tendrán que hacer su propia decisión, tal como lo hice yo.

Por favor, oren por mi familia, por mis hijos, e incluso por mi esposo, que pronto cada uno de ellos puedan seguir a Jesús mientras haya tiempo.

Personalmente, este decimotercer sábado oraré para que ustedes den una ofrenda significativa para apoyar a la iglesia en mi país, Angola, y pueda reconstruir sus escuelas para que los niños tengan la oportunidad de saber acerca de Dios, aun desde muy pequeños.

Gracias.

Datos de interés

☛ Algunas de las batallas más feroces en Angola se libraron alrededor de Huambo, donde vive Victorina. La sangrienta guerra cobró más de medio millón de víctimas y destruyó edificios gubernamentales, hospitales, y muchas escuelas en el país.

☛ Mediante el conflicto se quedaron sin electricidad, agua potable, y sin alimentos. La gente se amontonaba en las iglesias buscando protección y esperanza; durante ese tiempo la Iglesia Adventista creció hasta convertirse en una de las denominaciones más fuertes y grandes del país.